

“Sabemos que Dios dispone todo para bien de quienes le aman”*

Monseñor Gregorio Rosa Chávez**

El sábado recién pasado, por la tarde, venía de Santa Tecla. Cuando nos acercábamos a la UCA, el tráfico se hizo más lento: era el momento de la *procesión de los farolitos*. Bajé el vidrio del carro y escuché algunos cantos: “¿En dónde están los profetas?”, “Cuando el pobre crea en el pobre”, “Vosotros el Dios de los pobres”... La fiesta continuó ayer en la cripta de catedral y culmina hoy en este querido lugar.

Es un día que vivimos entre el dolor y la esperanza. En el dolor de las víctimas de la violencia y últimamente de las víctimas de la depresión tropical Ida; y en la esperanza de un mundo nuevo que ahora se ha insinuado con la ceremonia celebrada en Casa Presidencial. Así hemos vivido este aniversario, que culmina con nuestra eucaristía.

En el dolor, hemos tenido muy presentes a las víctimas de la depresión tropical Ida y a las familias afectadas. En la esperanza, hemos sido testigos de un acto sin precedentes: el homenaje que hoy rindió el Gobierno de El Salvador a los seis padres jesuitas asesinados hace veinte años.

Del discurso del presidente Funes quisiera destacar aquí unas palabras que dan tono y contexto a nuestra celebración.

Hoy, veinte años después de su cruel asesinato, poner en las manos de los familiares y compañeros de Ignacio Ellacuría, Segundo Montes, Ignacio Martín-Baró, Amando López, Juan Ramón Moreno y Joaquín López, el mayor reconocimiento que concede este país, como es la Orden José Matías Delgado, significa, para mí, retirar un velo espeso de oscuridad y mentiras para dejar entrar la luz de la justicia y la verdad.

Más adelante, leemos en su discurso:

Hoy, como discípulo que soy de estos maestros, quisiera contribuir a que esa semilla de paz siga creciendo y a que, ante los retos que nuevas formas de odio y violencia nos plantean cada día, seamos capaces de estrenar otra mirada, que es la mirada que nos enseñaron estos sacerdotes mártires que hoy modestamente homenajeamos.

* Homilía ofrecida en la misa del vigésimo aniversario de los padres jesuitas, el 16 de noviembre de 2009.

** Obispo auxiliar de San Salvador.

1. La reconciliación, una tarea pendiente

No cabe duda de que se ha abierto una ventana de luz. Pero este momento de euforia me recuerda la respuesta de monseñor Rivera, el domingo siguiente a la firma de la paz, a un periodista que le preguntó: “Y ahora que ya se firmó la paz, ¿qué va a hacer la Iglesia?”. Como quien dice: “Usted se quedó sin trabajo”. Monseñor respondió, sonriendo: “Ahora tenemos el gran desafío de la reconciliación”.

Han pasado diecisiete años desde esa histórica fecha y la reconciliación sigue siendo una tarea pendiente. Y en cuanto a la masacre de la UCA, hoy se cumplen exactamente veinte años de ese ignominioso crimen.

En las preguntas de los periodistas, formuladas este día sobre todo al padre Tojeira, late la misma inquietud. Un comunicador social me contó que ya se decía en los sectores de la derecha que con este homenaje se han vuelto a abrir las heridas. Yo le respondí que debemos tratar el tema con mucha responsabilidad y sabiduría. Y le mencioné lo que nos dijo el papa Juan Pablo II, en su segunda visita, cuando invitó a los obispos a poner en marcha una “pedagogía del perdón”.

El mismo santo padre había indicado el camino en 1997, en el mensaje para la Jornada de la Paz de ese año, que tenía como tema “Ofrece el perdón, recibe la paz”. En ese importante mensaje, el papa señala claramente que la verdad y la justicia son presupuestos del perdón. Pero inmediatamente después afirma que debemos “purificar la memoria” para no ser prisioneros del pasado.

Quisiera pedir a esta asamblea litúrgica, que siente el gozo inmenso de la experiencia vivida esta mañana en la Casa Presidencial, que no olvide a las víctimas de ambos ejércitos; y esto es bueno subrayarlo porque corremos el riesgo de tener una memoria selectiva que solo quiere recordar los daños causados por la parte con la que nos sentimos menos identificados. La reconciliación pasa por la recuperación de la memoria, para luego dar el paso indispensable de purificarla.

La “purificación de la memoria” es fundamental y el papa Wojtyla lo tenía muy claro. Por eso escribió una carta apostólica para conmemorar los cincuenta años del inicio de la Segunda Guerra Mundial. Después de describir tan terrible tragedia, que él califica como “la hora de las tinieblas”, la sintetiza así: “Este es el cuadro sombrío de los hechos que recordamos hoy. Provocaron la muerte de cincuenta y cinco millones de personas, dejando divididos a vencedores, y una Europa para reconstruir”.

Lo sorprendente es lo que el papa afirma después, al exigir el deber de la memoria: “Cincuenta años después, tenemos el deber de acordarnos delante de Dios de aquellos hechos dramáticos, para honrar a los muertos y compadecer a todos aquellos que este despliegue de crueldad hirió en el corazón y en el cuerpo, perdonando del todo las ofensas”. El santo padre concreta más

su pensamiento: “Tenemos el deber de sacar una lección de este pasado, para que jamás pueda repetirse el conjunto de causas capaz de desencadenar un conflicto semejante”.

2. “Sabemos que Dios dispone todo para el bien de quienes le aman”

¿Qué nos dice hoy, en un contexto de dolor y esperanza, la palabra de Dios? Al meditar la primera lectura, hay una frase que me golpea con su deslumbrante luz: “He puesto mi espíritu en él para que traiga la justicia y la liberación a todas las naciones”. Y luego nos describe la personalidad, el talento humano y espiritual de ese hombre escogido para una misión tan excepcional: “No dará gritos, ni alzaré en las calles su voz. No acabará de romper la caña quebrada ni apagará la mecha que arde débilmente”.

Aquí tenemos algunos rasgos esenciales del perfil del hombre y de la mujer que, en el contexto actual de El Salvador, están llamados a ser —como lo dijo Juan Pablo II en aquella memorable homilía del 6 de marzo de 1983— “artesanos de la paz”. El artesano es paciente, es creativo, es original y rompe todos los moldes. Al decir esto, pienso en el artesano que pintó la cruz que cada año nos preside y que acompaña siempre la procesión de los farolitos.

Quienes formamos la emocionada y gozosa asamblea litúrgica del vigésimo aniversario —que se vuelve inmensa porque están unidos a nosotros miles y miles de hermanos y hermanas, gracias al milagro de la radio— nos sentimos portavoces de lo mejor de nuestro pueblo: los mártires; portavoces de esa multitud inmensa de hombres y mujeres de todas las edades —en la que hay tantos niños y niñas que apenas acababan de abrir sus ojos a la realidad de este mundo—, cuya vida fue arrebatada de forma cruel y despiadada. Una vez más, al hablar de martirio, debemos evitar caer en la trampa de la memoria selectiva.

En los padres jesuitas, así como sus dos colaboradoras y ese ejército incontable de testigos de la fe, se cumplen las palabras de San Pablo que han resonado esta noche en nuestros oídos y en nuestro corazón: “Sabemos que Dios dispone todo para el bien de quienes lo aman... ¿Qué más podemos decir? Que si Dios está a nuestro favor, nadie podrá estar contra nosotros... ¿Quién nos podrá separar del amor de Cristo?”.

Para concluir con íntima convicción: “Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús, nuestro Señor”. En el Evangelio hemos escuchado hoy el programa de Jesús, el mismo que han asumido nuestros mártires y los mártires de todos los tiempos: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha unguido y me ha enviado a anunciar la buena nueva a los pobres, a proclamar a los cautivos su liberación y a los ciegos la vista, a dejar libres a los oprimidos y a proclamar el año de gracia del Señor”.

Después de la lectura, Jesús pronunció la homilía más corta de toda la historia, y eso se ve que no lo aprendemos quienes tomamos la palabra en la misa

de los mártires de la UCA. El Señor dijo: “Hoy se cumple esta Escritura que ustedes acaban de oír”.

3. Evocando a los compañeros de Jesús

La última vez que tuve la dicha de presidir la eucaristía de los mártires de la UCA mencioné este diálogo estremecedor del Apocalipsis:

Uno de los ancianos tomó la palabra y me dijo: “Esos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?”. Yo contesté: “Señor, tú lo sabes”. El anciano me replicó: “Estos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero”.

Esta mañana, después del homenaje que se rindió a estos seis “compañeros de Jesús”, pasé por el Centro Monseñor Romero, donde me atendió amablemente el padre Sivatte. Me mostró con mucho orgullo el Museo de los Mártires. Y allí pude ver las vestiduras que los mártires de la UCA llevaban en el momento de su sacrificio. Y recordé lo que escribió monseñor Rivera en su diario:

Dies magna et amara valde. Mientras desayunábamos, el padre Urrutia me comunicó que el P. Howard traía de parte del padre Tojeira (Provincial) la triste noticia del asesinato del P. Ellacuría, P. Montes, P. Martín-Baró, P. Joaquín López, P. Ramón Moreno y P. Amando López, además de la cocinera Elba y su hija de 15 años. Nos reunimos con monseñor Rosa y el P. Urrutia para planificar lo que había que hacer: visitar el lugar de los hechos, rezar, hablar con el Provincial, visitar al presidente Cristiani y al señor Nuncio Apostólico. Se hizo todo. ¡María Auxiliadora hace las cosas bien!

El cuadro era desolador: cuatro cadáveres habían sido sacados al gramalito del frente, el de Ellacuría, Baró, Montes y Amando López; en sus cuartos, el de Moreno y López y López. Los pensadores tenían el cráneo deshecho, con los sesos de fuera. La cocinera y la hija también fueron tratadas con crueldad. Después del responso, dije unas palabras: condené la matanza, dije que los asesinos eran los mismos de monseñor Romero y que este hecho no debería ser pretexto de continuar la masacre. Visitamos luego al señor Nuncio, monseñor Rosa, Urrutia, Tojeira y yo. Hablamos largo con él y el P. Secretario. Con ellos tocamos los mismos temas que con el presidente Cristiani. Antes, como por cuarenta y cinco minutos hablamos con el ministro de la Presidencia, coronel Martínez Varela: necesidad de un enlace para lo administrativo, para los derechos humanos y espacio en la cadena nacional de radio. Entretanto, llegó el Presidente. Hablé yo primero: emergencia del país, emergencia de la Iglesia y caso del asesinato. Para responder a la emergencia, primero en la capital y pueblos vecinos, dije lo que hacíamos y ha sido publicado en el campo pagado de *La Prensa Gráfica* de este día.

En cuanto a lo segundo, hablaría monseñor Rosa: la cadena excitó a la venganza ciega contra los jesuitas y nosotros; necesidad de usarla bien y necesidad de espacios noticiosos de la Iglesia, mejor si usamos nuestra radio YSAX. Repitió algo de lo dicho al ministro de la Presidencia. Luego, intervino Tojeira. El presidente

escuchó pacientemente la secuencia de los hechos: la zona está militarizada, por la proximidad a la Colonia Militar y Estado Mayor; el lunes por la noche catearon la casa de habitación de los asesinados, las amenazas y excitación de la cadena radial, dos testigos que vieron a cuarenta hombres uniformados, con armas largas, que por espacio de media hora estuvieron haciendo la tarea: asesinar a los seis sacerdotes y a las dos mujeres de la cocina y detonar bombas en el Centro Óscar Romero, donde incendiaron libros y archivos. Concluyó que, salvo prueba en contrario, la presunción vehemente estaba en que había sido el Ejército. El presidente dijo: “Más bien, elementos del Ejército”.

Esto es lo que hoy ha reconocido el Gobierno, oficialmente. Que esa luz que ha inundado la tierra salvadoreña anuncie la llegada de la verdadera reconciliación.

San Salvador, 16 de noviembre de 2009.